

SUÁREZ ESPINOSA, Margarita (editora). *Parientes, criados y allegados: los vínculos personales en el mundo virreinal.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 2017, 209 p.

El libro editado por Margarita Suárez acopia los trabajos de diversos autores que, en conjunto, se suman a la tendencia de repensar la institucionalidad política y económica del mundo virreinal en donde los actores centrales son colectivos humanos organizados en lugar de instituciones o sujetos individuales. En otros términos, el texto busca visibilizar el impacto que tuvieron los vínculos personales de los actores con poder en Hispanoamérica virreinal.

El valor de la obra estriba precisamente en el enfoque metodológico, el cual ha sabido posicionarse en medio dos formas preponderantes de entender el gobierno y la construcción de proyectos políticos e instituciones. Tradicionalmente, los estudios enfocaban dichos procesos desde la imposición de normas, códigos y decisiones de una cúpula sobre los gobernados (desde arriba hacia abajo). Tiempo después apareció una nueva mirada que buscaba entender el modelamiento de la maquinaria normativa, las decisiones y los proyectos de gran envergadura a partir de los intereses, demandas y presiones de los grandes colectivos que van a ser gobernados o afectados (desde abajo hacia arriba).

En el caso de este libro, los autores dan a conocer cómo es que la institucionalidad política y económica fue modelada y negociada a partir de los intereses y demandas de colec-

tivos con poder cohesionados por vínculos personales. A diferencia de las perspectivas preponderantes, los autores plantean que dicho modelamiento se realizó entre elites. Es decir, proponen que la institucionalidad virreinal permitía que las decisiones de gobierno y los grandes proyectos se modelaran y negociaran en la cúpula por grupos humanos influyentes articulados por vínculos familiares, de paisanaje, entre otros. Esto hizo que las medidas y decisiones adoptadas no se impongan enteramente desde un solo grupo, pero tampoco eran modeladas desde abajo por los grandes colectivos. Esta es una entrada interesante para entender no solo los cimientos del pacto colonial, sino también su fragilidad. Desde el punto de vista metodológico, esta es una de las grandes fortalezas del libro.

Acerca del contenido, el libro se divide en dos partes. La primera explora el impacto de los vínculos personales en las cúpulas políticas de más alto nivel en el virreinato peruano. Entre tanto, la segunda parte de esta obra se dedica a explorar la potencia de tales vínculos en la construcción de iniciativas o proyectos políticos y económicos.

El primer artículo de este libro es escrito por Alejandro Cañeque, quien reflexiona sobre cómo el gobierno virreinal y sus prácticas se asentaron en el “gobierno de los parientes” y la “cultura del favor”. Ambos factores dieron cierta solidez a los gobernantes, pero al mismo tiempo dotaron al sistema político de inestabilidad crónica y de enemigos permanentes. Cañeque estudia a los virreyes y comenta cómo se cimentó el poder de la monarquía gracias a la delegación de puestos de gobierno clave que hacían los vice-soberanos en parientes, amigos y aliados criollos. No obstante, la llegada de nuevos virreyes hizo que se levantaran tensiones pro-

ducto del retiro de funcionarios de confianza que venían de la administración anterior y que operaban en redes. Si bien la repartición de cargos funcionó como una válvula de desfogue de tensiones entre elites criollas y el virrey, también sembró recelos en dicha autoridad al ver que varios criollos (beneméritos) entendían sus nombramientos como un derecho en lugar de un favor. A todo ello se sumaban las tensiones y rivalidades que se desataban entre dichas élites y el séquito del virrey por los mejores cargos burocráticos.

El segundo artículo del libro es de Miguel Costa, quien opta por observar la crisis política de 1588 -protagonizada entre el virrey Conde del Villar y el Inquisidor Gutiérrez de Ulloa- para estudiar cómo se articularon las redes de patronazgo político en el seno del gobierno virreinal. Dicha crisis es un buen episodio para observar cómo la dinámica de gobierno se componía de la interacción, negociación y conflicto entre diversas redes clientelares existentes en el interior de la burocracia pública y que estaban en contacto con diversos grupos de interés de la sociedad virreinal. A la red del virrey se le sumaba también la de los oidores, eclesiásticos, entre otras.

Según menciona el autor, todas las redes tenían como patrón al Rey, pero no así a su representante: el vice-soberano. El virrey debía entrar a jugar con sus propias estrategias en el escenario local para consolidar la presencia de la monarquía. Ello reveló la fragilidad del poder del Rey y la vitalidad del clientelismo político entre redes como estrategia para garantizar el poder regio y el éxito del gobierno. Una condición necesaria fue la maniobrabilidad y eficiencia política de los pactos del virrey con dichas redes. En esa línea, uno de los conceptos más interesantes que usa Costa es el de

“bróker” político, el cual se entiende como un intermediario de intereses del virrey frente a otras redes. En ocasiones, los líderes de la red eran en sí mismos brokers. El análisis de las torpezas políticas del Conde del Villar lleva a Costa a concluir que el manejo de redes de dicho virrey no fue exitoso, lo que desencadenó su excomunión y consecuente caída del gobierno. No obstante, su red no se extinguió. Antes bien, subsistió durante el juicio de residencia y en cargos públicos importantes luego de la muerte del virrey.

El tercer artículo que compone este libro es de autoría de Margarita Suárez, quien trata sobre el gobierno de virrey Conde de Castellar y sus desatinos políticos con las redes criollas en el Perú de la segunda mitad del siglo XVII. De acuerdo a la autora, durante los primeros tres cuartos del siglo XVII, una serie de redes de poder criollas se habían enquistado en el aparato burocrático merced a los vínculos tejidos entre elites económicas, funcionarios, beneméritos y eclesiásticos. Todos ellos contaban con la tutela o complicidad de los virreyes de turno. Lima era la central del virreinato que por jerarquía era la encargada de repartir favores a funcionarios clave en todo el reino de tal manera que la gobernabilidad en el territorio se viera garantizada.

368

La astucia y pulso político de los virreyes al repartir mercedes y favores entre sus parientes, allegados y la élite local era crucial para mantener un equilibrio y estabilidad. No obstante, de esas virtudes carecía el Conde de Castellar, quien no solo se excedió en el reparto inequitativo de mercedes, sino también en el cobro de prebendas. Además, persiguió a funcionarios aliados de la elite criolla, dejó de actuar coordinadamente con el Tribunal del Consulado y se fue contra sus intereses. Ello, entre otras acciones, le valieron una serie

de enemigos que no dudaron en traspasar los límites del virreinato y llegar a la Corte de Madrid para conseguir la destitución del virrey. Logrado dicho objetivo, la monarquía dio un giro al sistema de patronazgo a cargo de los virreyes y los despojó de sus potestades de repartir cargos públicos, labor que asumiría directamente la Corte de Madrid.

El cuarto artículo de la compilación y el último de la primera parte del libro es de Elio Vélez, quien estudia las tensiones entre los criollos y el poder virreinal tomando el caso del conflicto entre el virrey Conde de Lemos y el Conde de la Granja, corregidor de Potosí. Su aproximación es singular, pues no solo hace un análisis histórico, sino también literario. De acuerdo al autor, los conflictos entre el virrey y el Conde de la Granja ocultaban la problemática del criollismo de la segunda mitad del siglo XVII, dado que el corregidor entendía que no tenía deuda de gratitud con el virrey. Detrás del Conde de la Granja estaba un numeroso grupo de vecinos de la ciudad que daban soporte y sentido a sus reclamos. Destituído del cargo por el virrey y luego repuesto por la reina Mariana, el Conde de la Granja dedicó varios años a elaborar discursos que reelaboraban la hagiografía y al mismo tiempo fortalecían el criollismo de aquellos años. Un texto analizado con agudeza por Vélez es el poema heroico “Vida de Santa Rosa” de autoría de Luis Antonio de Oviedo y Herrera, otrora conocido como el Conde de la Granja.

En el segundo bloque de artículos de este libro se explora la potencia de los vínculos personales en la consolidación de diversos proyectos políticos y económicos tanto a nivel local, regional o imperial. En esa línea, Arrigo Amadori explora la importancia de las redes sociales en el control y

reorganización de la elite política en el puerto de Buenos Aires, lo que denomina una “redefinición cualitativa de la élite de Buenos Aires” (p.119). Su artículo recoge en derrotero en el poblamiento de la ciudad de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XVII y el impulso transformador que devino por efecto del fenómeno inmigratorio que vivió la ciudad. De particular interés es, sobre todo, el impacto de las redes sociales creadas por los inmigrantes y su conexión con la administración pública y el aparato económico de la ciudad. Esto debido a que muchos de estos inmigrantes lograron arrebatarse el control del Cabildo y de las actividades económicas a los beneméritos. Amadori explora casos interesantes que ejemplifican cómo el poder de los vínculos personales logró reorientar y amoldar muchas de las políticas imperiales a procesos sociales únicos vividos en el Río de la Plata, como lo son los controles monárquicos y las restricciones al comercio ilícito de la región.

El siguiente artículo lo escribe Augusto Espinoza, quien presenta un estudio sobre el Convento de Santa Catalina de Lima en donde combina una mirada institucional con el enfoque de redes. De esta manera, observa cómo un conjunto de actores enlazados entre sí por vínculos de parentesco se articuló para lograr la fundación de dicho convento pese a la oposición del Rey. Este es el caso regidores del Cabildo de Lima quienes con sus súplicas lograron disuadir al monarca de la conveniencia de fundar dicha institución. Además de ello, Espinoza desliza la idea de que el convento servía como un polo de atracción a distintas redes formadas por familias prominentes de las cuales se alimentaba y daba contraprestaciones por medio del crédito y demás instrumentos económicos de la época. El autor se enfoca en la gestión de las abadesas del convento en donde encuentra

que la interacción con las redes de poder de la ciudad de Lima de aquel entonces no solo servía para devolver los favores hechos al convento, sino también como fuente de confrontación, incluso en el seno del clan familiar de las abadesas. Además, sugiere que la urdimbre de relaciones tejidas en torno al convento hizo que funcionarios importantes asesoraran a las abadesas en la toma de decisiones como fue el caso de la venta de juros promovida por el Rey hacia 1641. Esta multiplicidad de factores permitiría a las abadesas generar estrategias para posicionar al convento en el siglo XVII.

El tercer artículo de este bloque es de Cristina Mazzeo quien realiza un estudio de caso de la red Francisco Javier de Izcue, un prominente hombre de negocios del Perú que vivió entre el virreinato y la república. El objetivo de la autora es analizar la importancia de los vínculos familiares y amicales en la creación de una red que articuló negocios e intereses políticos a lo largo de Chile, Bolivia, el Río de la Plata y el Perú. El artículo inicia con una reflexión sobre la importancia de los vínculos parentales en la creación de redes comerciales. Si bien es un fundamento crucial, Mazzeo aclara que las redes de mercaderes no se cohesionaban únicamente por ello. Luego, la autora revisa rápidamente la historia de Francisco Javier Izcue en el Perú, así como sus negocios en el ocaso del siglo XVIII y en tiempos de las revoluciones de la Independencia en América del Sur. Al ver la correspondencia se revelan los niveles de coordinación entre Izcue y sus socios (algunos parientes y otros amigos) en el Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Así, la autora saca a luz una red montada y articulada de hombres de negocios que discutía sobre embarques de mercaderías, destinos más propicios y la incorporación de nuevos miembros de acuer-

do a las noticias y al contexto de América del Sur de inicios del siglo XIX. Un valor agregado del artículo es la historia de los Izcue cuando la guerra de Independencia llegó a Lima, así como el desarrollo posterior de dicha red durante la década de 1830.

El último artículo del libro le pertenece a Dionisio de Haro, quien trata acerca de las redes subyacentes al Banco Auxiliar de Papel Moneda en el Perú, el cual fue creado el 14 de diciembre de 1821. El autor hace una reseña acerca de las dificultades económicas y monetarias del Perú a fines de la época virreinal, así como de las ideas que por aquel entonces circulaban en el imperio español y en Perú acerca de la moneda. Acto seguido, hace referencia a la originalidad del proyecto de crear un Banco del Perú en donde rescata la figura de Hipólito Unanue como un enlace entre el gobierno independentista, el Tribunal del Consulado de Lima y el Cabildo en la edificación del Banco Auxiliar de Papel Moneda. La volátil coyuntura política y los intereses dispersos de la elite local del momento no escapan al análisis del autor, quien comenta cómo es que hay momentos de conciliación, pero también de fuerte confrontación, sobre todo con la figura de Bernardo de Monteagudo. El banco entró funcionamiento por unos pocos meses y su administración era controlada por hombres de negocios que tenían en común su cercanía al mundo comercial virreinal. Su conocimiento de la realidad local hizo que impulsaran una serie de políticas monetarias para los intercambios locales e internacionales, las cuales plantearon al gobierno. No obstante, por aquellos días se desataron desavenencias con el Ministro de Defensa, Bernardo Monteagudo, lo que devino en la expulsión de comerciantes españoles y la requisita de sus bienes. Esto implicó la persecución a directivos del ban-

co y la intervención del gobierno en dicha entidad, lo cual desencadenó el debilitamiento de la red que daba soporte a tal institución. Con ello, el proyecto se terminó de hundir, dice el autor, hacia el verano de 1822 debido a la desarticulación de un conjunto de actores concertados que daban sentido y soporte a un proyecto incipiente, pero pionero en Sudamérica de aquella época.

En resumen, el libro propone una mirada nueva sobre la forma en cómo funcionaba el mundo virreinal. Los diversos artículos revelan la potencia y poder de diversas élites sociales confabuladas entre sí (funcionando en red). Esta perspectiva, a mi juicio, es un gran avance en el conocimiento de la historia peruana y cobra especial vigencia en la actual coyuntura política y social que vive en Perú en estos meses.

No obstante lo anterior, esta obra, como todo buen libro, también deja abiertas preguntas y vacíos que seguramente estimularán el desarrollo de más investigaciones. Queda pendiente, por ejemplo, conocer qué tan eficientemente las redes políticas y económicas administraron el territorio cotidianamente. Para ello sería útil recurrir a los conceptos y teorías de las Ciencias de la Gestión. Después de todo, la voluntad de las élites ancladas en altos puestos de gobierno no necesariamente se hizo realidad. En muchas ocasiones, las órdenes venidas desde los altos despachos de gobierno terminan siendo licuadas y remodeladas en los niveles medios de la burocracia pública, así como es posible encontrar cierta esquizofrenia organizacional. Estos factores serían aún más potentes en una época en donde el caos administrativo era lo común y habitual. Un campo por explorar en la historiografía es cómo el control del

gobierno virreinal, no necesariamente garantizó que los objetivos de las élites partícipes del mismo se cumplan por el efecto distorsionador del cuerpo administrativo. Esto último ayudaría a entender una faceta del Estado Peruano, el cual, para muchos sigue siendo un gran desconocido, aún en nuestros días.

Diego A. Chalán Tejada
Pontificia Universidad Católica del Perú